

Pequeña antología de Pedro Antonio González Moreno

Cuando ya no me quede tu memoria

Cuando ya no me quede tampoco tu memoria,
escribiré el olvido;
aún no sé en qué idioma ni sé con qué palabras
pero sé que mi voz ha de seguir hablándote.

Los viejos calendarios
que fueron deshojándose bajo el peso excesivo
de tantos lunes y de tantos muertos,
semana tras semana y hoja a hoja,
iré reconstruyéndolos sin prisa,
como quien tiene todo el olvido por delante.

Y en ese calendario, no sé aún
con qué sangre o qué tinta, anotaré
de cuando en cuando algún endecasílabo
y luego, con las brasas del dolor que me sobre,
encenderé las lámparas
de un poema votivo.
Porque he entrado en tu ausencia
de golpe, como se entra
de pronto en una casa
donde uno ya no encuentra sus muebles, ni sus ropas,

ni sus libros, ni el roce
del día en sus cortinas, ni su sombra: todo eso
en lo que nunca antes reparábamos
porque era igual que el aire,
igual que tantas cosas
que solamente duelen cuando faltan.

¿Cómo escribir la ausencia?

¿Cómo escribir la ausencia, con qué caligrafía
que contenga en sus trazos
ese agrio perfume que dejan en el aire
las cosas que se pierden?
¿Con qué oscura fonética deletrear la noche,
con qué sílabas torpes ir llenando los huecos
que quedaron abiertos de pronto entre las cosas?
¿Con qué adjetivos recobrar de nuevo
el calor de esas ropas que ya no son de nadie?
¿Con qué piel ir tocando
ese frío que ahora tienen todos los muebles
o ese espejo que sólo multiplica las sombras
de todas sus imágenes?
¿Cómo decir que dentro de un armario es noviembre,
o que en esa intemperie que es la luz sin tus ojos
casi siempre es invierno y anochece deprisa?

(De *Calendario de sombras*, Visor Libros, 2005)

Flecha y blanco

But suicides have a special language.

Like carpenters they want to know which tools.

They never ask why build.

(Anne Sexton)

Dulce envenenadora de la luz y el aire,
sabías que la muerte se puede construir
meticulosamente, cápsula
a cápsula, lo mismo
que un edificio se levanta piedra
a piedra, o el poema se construye
nombre a nombre, despacio, hasta que adquiere
una rotunda solidez de cuerpo.

Construir es un arte que consiste
en dejar la intemperie al otro lado,
a ese otro lado donde estuvo el miedo.
Dulce envenenadora de la sed, tu lengua
me trae sabor a pan con barbitúricos,
a nicotina y a pezón amargo.

Siempre supiste, madre y bruja buena,
que los suicidas no destruyen, salvan.
Amar el aire, envenenar el aire,
son dos bordes distintos de un idéntico amor
o una idéntica muerte.
Y tú, que fuiste a un tiempo flecha y blanco,
hiciste de los dos
un bello, un solo cuerpo respirable.

El cerco

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.

(Cesare Pavese)

Ahora que la noche
tiene ese aroma de la fruta
madura, y llueve, ven
aquí. Sin prisa; deja
que el agua y que la luz discurren
ya sin nosotros; ven, acércate
a este fuego. Las llamas
arden para los dos. No importa
que no haya velas encendidas.
Basta con avivar
de cuando en cuando los rescoldos. Echa
algún recuerdo (la memoria arde
como las ramas secas

de un nido); dale al fuego
todo lo que te pida, todo
lo que no sea posible
retener en los labios. Será larga
la noche, sin embargo
será más largo aún
el sueño. Ya no importa
salir al mundo, porque al otro lado
de esos cristales, puede
que el mundo ya haya sido borrado por la lluvia.
Sólo es preciso alimentar la lumbre
con más recuerdos, con
más mapas de ciudades e islas que habrán sido
también borradas por el agua. Sólo
procura que este fuego no se apague.
Haz un ramo de luz con esas llamas
para hacer frente al sueño o a la noche.

Antes de que la muerte
nos ponga cerco, llena
las copas. Nadie sabe
cuándo amanecerá. Sólo sabemos
que queda fuego para compartirlo.
Ahora que este oficio,
el de vivir sin más, se nos acaba,
es el momento de avivar la hoguera.

Ahora que el invierno
se adueña poco a poco de las cosas.
Ahora que está todo
dispuesto y como a punto de soñarse.
Ahora que ya conozco tu nombre
y sé que nunca
tendrá un nombre más bello la derrota.

(De *Anaqueles sin dueño*, Editorial Hiperión, 2010)

El arca

Una copa de savia.
Alguien puso en mis manos aquella verde copa
y escribí el primer verso.
Fue sobre una gran arca con aires de ataúd
donde la ropa parecía
íntima piel sin carne, seca piel de recuerdos.
Bebí de aquella copa
y un sabor dulciamargo me ardió en el paladar.
Allí empezó la savia a susurrarme
su canción al oído.
Y sobre la madera carcomida
de aquella arca que olía a alcanfor y a perfume
de nidos, a pedrisco

y a semilla y a campos casi recién arados,
a vértigo de andamios y a cansancio de arrieros,
allí, sobre vestidos de novia y sobre trajes
futuros de mortaja,
bebí los sorbos del primer poema.
Sólo más tarde supe que en esa copa había
algo de savia y mucho de veneno.

Altar

Vine hasta ti buscando
lo que no encontré nunca en el lenguaje.

Aquí, sobre esta tierra
donde aprendimos a nombrar las cosas,
haremos un altar y, cada tarde,
con las últimas lumbres
del trigo y con los verdes
intactos de la hierba, construiremos
una casa tan sólo edificada
con la materia leve de los nombres.
Y sobre sus paredes
dejaremos escrita la piel de nuestras sombras.

Haremos un altar y sobre él

veremos cómo arden, sin consumirse nunca,
tu memoria y la mía entrelazadas
en una misma sed y en un mismo recuerdo.

No importa que haya ardido
todo lo que tuvimos, y no importa
este silencio de ruinas
que va sembrando el tiempo a nuestro paso;
ya ni siquiera importa que alrededor el mundo
sea un yermo paisaje de derrotas:

Son tus manos la casa; tus ojos, el desván
donde crecimos esperándonos;
y tus labios la página
donde se escucha el ruido
de la infancia, la voz de los zaguanes
y el rumor de los patios.

Vine a buscar en ti lo que no supe
hallar en las palabras:
lo que tiene de olvido y de refugio,
lo que tiene de nombre
nunca escrito, tu carne.

Luz en las orzas

Había tanta luz en aquel patio
que se podía recoger en orzas
y, como agua de lluvia, guardarla para luego,
para cuando las sombras durasen demasiado.

Orzas llenas de luz en la despensa
para cuando la noche nos cegara.

Era tanta la luz, que se volvía sólida
y se embalsaba en charcos de brasa y de cal viva,
crecía en delicados y brillantes racimos
que se podían recoger despacio
para cuando el invierno regresara.

Y mientras alguien recogía, a espuestas,
escombros por la casa,
yo recogía avariciosamente
hebras de claridad, las ordenaba
y las iba guardando en los armarios
o en aquellos poemas escritos a escondidas:
alto botín de lumbre para luego,
para cuando creciesen las tinieblas
y no tuviese ya
ni un mendrugo de luz
que llevarme a los ojos.

De un tiempo sin nosotros

De un tiempo que fue nuestro, aunque no lo vivimos,
llegaste. Tú, la arcilla
desnuda de estos campos,
tú la piel necesaria;
yo la raíz que sólo de versos y memoria
se alimenta.

Viniste
derrotada y sin prisa, con el equipaje
lleno de sal y nieve, como si regresaras
de algún mapa de invierno.
Yo el andén que no tuvo más oficio en el mundo
que el de estar esperándote.

Tú la guardiana de los nombres, yo
el ladrón que quería
raptar tu voz, tu cuerpo,
para guardarlos entre mis metáforas.

Tú el árbol, tú la fuerza que sostiene
el peso de las ramas,
y yo el coleccionista de las hojas muertas.
Tú centinela de ese extraño cofre
donde están encerrados los recuerdos

de un tiempo que fue nuestro pero no compartimos.

Y yo la llave ciega y sin memoria.

Tuyo es el don de los silencios, tuya

la canción de la savia. Mía sólo

esta torpe costumbre

de hablar desde el poema.

(De *El ruido de la savia*, Ayuntamiento de San Sebastián de los Reyes,
2014)

Una antorcha de sombras

“Vuelve tus ojos hacia mí...”

(Blas de Otero)

Dime del fuego,

ahora que has querido vestirme con su llama

para entrar en las sombras.

Dime del agua, de su verde antiguo

hoy enturbiado por el frío roce

de tu ceniza. Dime

si leíste un poema antes de entrar, desnuda

y sin miedo, en la noche.

Dime la luz con sílabas de carne.

Coleccionista de intemperies, dulce
guardiana de esas cosas que se fueron perdiendo,
bibliotecaria de la sed, que fuiste
catalogando sueños con la tinta
de la memoria, y balda
tras balda, laboriosamente,
construiste tu propio laberinto,
dime la luz y, desde tus raíces,
dime también el ruido de la savia,
dime si continúas todavía escuchando
el verde exacto y mineral del río.

A este lado no quedan
más que penumbras de noviembres rotos,
por eso ven y alúmbrame
con ese fuego último
que le creció a tu carne;
guía ahora mis pasos
por esta tenebrosa ribera donde sólo
tiene nombre la ausencia.

Vuelve tus ojos hacia mí y alúmbrame.
Con yesca de recuerdos y versos de Virgilio
yo encenderé una antorcha
de sombras,

por si acaso esta noche durara demasiado,
por si la luz, cansada de buscarte,
mañana
decidiera de pronto
no amanecer sin ti.

(De la antología *De tu tierra*, Editorial Pretextos, 2014)

Hilos

A mi madre, absorta en su costura

En un dedal
cabía todo el tiempo sin bordes de la infancia,
y en una antigua caja de latón,
entre un desorden íntimo
de acericos, carretes y bobinas,
cabían casi todos los colores del mundo.

Pero tú el hilo rojo
preferías sacarlo de las llamas más altas
o del lento goteo de las viejas heridas.
El azul lo arrancabas de los zócalos
y, en finísimas hebras,
lo trenzabas con flecos de horizonte

y jirones de cielo recién amanecido.

El verde, hecho con hojas y savia de la higuera,
lo cogías del patio; el marrón húmedo
de la tierra recién arada; el blanco
lo amasabas con cal, con un poco de harina
y la sal de una lágrima.

Sacabas el dorado
de entre la luz madura de las mieses,
y el hilo negro, ay, el hilo negro,
lo extraías del pozo de agua agria
de tus recuerdos.

Y mientras enhebrabas las agujas
el mundo se quedaba detenido
un instante, a la espera
de que todo volviese a aquel orden exacto
de tus puntadas.

Con ese orden, con esos mismos hilos,
aprendí yo después, mucho tiempo después,
a enhebrar las palabras.